

BASES ESENCIALES PARA LA MEJOR ENSEÑANZA DE LA MEDICINA

MUCHOS compañeros, llenos de inquietud por los problemas de la enseñanza, me expresaban durante el tiempo del Movimiento Nacional su temor de que una vez acabada la guerra, y recomenzadas las tareas universitarias, los estudiantes, habituados a una vida tan distinta como fué la de los frentes, en los cuales heroicamente, la mayoría de ellos, se habían debatido, no se incorporaran fácilmente a la disciplina del trabajo y el estudio. Siempre he tenido, como resultado de mi estrecha convivencia con ellos, una gran fe en nuestros jóvenes; y el conocimiento directo que obtuve de los estudiantes de otros países me ha permitido afirmar, comparativamente, que ningún país de Europa cuenta con una juventud tan llena de entusiasmo y capacidad, tan decidida al aprendizaje, y tan capaz de vencer dificultades con heroísmo frecuentemente emocionante, como España. Tenía por esta convicción, base para poder estar tranquilo sobre el modo como habrían de reaccionar los estudiantes al inaugurar una nueva vida de trabajo, trocando nuevamente las Armas por las Letras. Y así ha sido, en efecto; desde el primer día la inmensa mayoría de ellos han acudido puntualmente, y han mostrado un celo magnífico para aprender; nunca los había yo visto más esforzados en recoger enseñanzas, ni tan deseosos de recuperar las obligadas pérdidas en su formación cultural que los años de lucha habían originado. En la enseñanza, uno de los factores esenciales es la actitud psíquica de permeabilidad que podemos llamar «actitud de aprender». Cuando se cuenta con ésta y con unas cualidades intelectuales como las de nuestros jóvenes, se tiene andado más de la mitad del camino. Vale en tales circunstancias la pena, más que nunca, subsanar las dificultades o los errores de orientación para alcanzar la mayor eficacia del esfuerzo

aunado de profesores y alumnos y deparar a la Patria profesionales aptos, y hombres con la necesaria base para escalar las alturas de la investigación que puedan ser los factores de una contribución importante de España a la ciencia. Estas líneas tienen por objeto señalar aquellas bases que me parecen de mayor importancia para mejorar la enseñanza de la Medicina; en ellas no he de ocuparme de detalles cuya importancia es abiertamente muy secundaria, o de planes de estudios de transcendencia más accidental aún; cualquier plan es bueno, aproximadamente, con tal de que su realización sea auténtica y no simplemente formalista.

Una característica de los últimos planes es que el estudiante de Medicina es asistente a la Universidad sólo en el papel; si se ha suprimido el año preparatorio que antes existía, y se sustituye por el examen de Estado, y por unas asignaturas que se cursan dentro de la Facultad, estando ésta separada de la Universidad, no hay un solo momento en que el futuro médico haya sido universitario, y haya tenido ocasión de relacionarse estrechamente con otros jóvenes que estudian disciplinas distintas. Una característica de la enseñanza en ciertos países, que guardan como tesoro preciado la tradición de sus Universidades, es justamente hacer convivir en ella a los jóvenes en esa época dorada de los impulsos generosos, las amistades firmes, y los hechos que se evocan ya siempre en períodos ulteriores de la vida. Con esto queda dicho que mi personal punto de vista es que, en el comienzo de sus estudios, todos los estudiantes, fueran ulteriormente a dedicarse a ésta o aquella profesión, deberían hacer unos estudios de uno a dos años en la Universidad; esta época sería en la que tendrían un valor especial las residencias de estudiantes y los torneos filosóficos, literarios o deportivos, así como la formación religiosa, filosófica, patriótica, literaria y hasta higiénica. Lejos de mi ánimo detallar cómo éstas habrían de hacerse, cosa que está bien en la conciencia de todos; me basta insistir en su olvidada trascendencia para el futuro. ¿Por qué se perpetúa esa falta de preparación «universitaria» entre nuestros estudiantes?; es indispensable que no haya en las Facultades jóvenes que difícilmente aciertan verbal o gráficamente a expresar sus ideas de la

manera más exacta, clara y concisa, sino a través de circunloquios vacilaciones y expresiones vulgares. Un nivel más alto de cultura general, y humanidades; una mejor expresión, presentación y hábitos higiénicos, son indispensables para un crecido número de nuestros estudiantes de Facultad. Los estudios dentro de ésta deben ya tener un carácter más pragmático y unilateral, y por eso es necesario que dicha formación se haga previamente; quizá para ello deba descargarse o abreviarse el bachillerato para los que van a pasar a la Universidad, pero con ello no se perdería nada. Pensar que ampliando estudios filosóficos, al hacer el doctorado se obvian esos defectos no es, a mi juicio, acertado; pues si de una parte se priva de ellos a los que no se doctoran, y no se ha dado al estudiante la gran ayuda que tales conocimientos le habrían supuesto mientras ha cursado la Medicina, de otra se le ha privado de esa bella convivencia, que sería tan rica en resultados. Esta convivencia entre universitarios tampoco se alcanza por el camino exclusivo de las organizaciones deportivas, pues antes suponen competencia que compenetración; además, yo personalmente no soy amigo de una hipertrofia de la vida deportiva de la juventud. Reconozco que debe proseguirse el ideal de mejoramiento físico, pero más se logra éste cuidando la alimentación y la limpieza, la educación y la moralidad, a cuya preocupación esencial puede unirse en un grado razonable la gimnasia o ciertos deportes (natación, remo, vida al aire libre, excursionismo). Pero tengo bien visto que los sujetos que han hecho más deportes son después —salvo raras excepciones— los más inútiles e indisciplinados, no sólo en lo intelectual, sino también en lo físico. La mayor proporción de astenias, depresiones, etc., las dan los que se han preocupado mucho del ejercicio físico; esto aparte de que el interés tenso y entusiasta que es menester para rendir y avanzar en el estudio se sustituye en gran parte por la preocupación deportiva. Yo estimo como un gran error este cultivo excesivo de lo físico, que parece ganar terreno en los últimos lustros en la educación de las juventudes.

Una vez dentro de la Facultad de Medicina, los estudiantes deben dedicar su tiempo al estudio y muy principalmente al trabajo direc-

to. La Medicina es una ciencia de aplicación fundada en la observación y experimentación, y no se puede aprender bien si la enseñanza no es lo bastante objetiva y directa o inmediata, y si no se habitúa al estudiante a observar, y a actuar con soltura. Está tan lejos de este ideal la enseñanza de la medicina, que los que sentimos la preocupación por su mejoramiento apenas si sabemos hablar de otra cosa. Comprenden los estudios médicos dos épocas: una primera en que se alcanzan los conocimientos básicos, y una segunda en que se comienza a conocer al hombre enfermo, los procesos que pueden afectarle y su remedio. En esa primera época hay que dotar al estudiante de los medios necesarios para la comprensión de lo que observe; es necesario ampliar su base sobre el conocimiento de los fenómenos del mundo material (física, química, ciencias naturales) y de los seres vivos (Biología en el sentido amplio); después, más taxativamente, sobre la arquitectura y funciones del organismo humano (Anatomía, Fisiología), y los efectos y reacciones que en él provoquen agentes externos, que pueden ora ser causa de enfermedad (Patología general), ora medios auxiliares para encauzar sus reacciones a la restitución de la salud (Farmacología). Pero, ¿qué diferencia espera en el futuro a aquellos alumnos que directamente saben ver y provocar estas reacciones, respecto a los que se han limitado a leerlas o escucharlas de los labios del maestro! Unas cuantas experiencias farmacológicas fijan en la mente del futuro médico unas bases indelebles para su actuación terapéutica, que jamás tendrá el que simplemente estudie de modo frío y rutinario los tratamientos de las diversas enfermedades; y aparte de esto, ¿cómo se puede comparar el entusiasmo del alumno que abre una rana y prepara su corazón, pasando luego absorto el rato en contemplar sus sorprendentes y tenaces rítmicas contracciones, que dejan una estela blanca sobre el rodillo ahumado, con el de un estudiante que de memoria aprende las «cualidades esenciales de la fibra muscular cardíaca»? ese orgullo pueril y vano en el fondo, del buen estudiante de medicina que refiere a sus amigos o familiares lo que ha hecho con un perro, rana o cobaya, ¿no le hace sentirse mágicamente superior a los que le escuchan, y le deja un cierto sabor romántico y

aun aventurero al final de su trabajo, adentrándole más en el placer del oficio e incrementando su vocación? ¿Quién osaría estudiar «para médico», como «alumno libre», o de un modo atropellado y rápido, renunciando al placer de sentir palpar en su mano la vida, y tan precozmente sentirse un poco dueño de ella, viendo cómo acelera o frena, para o pone de nuevo en marcha un corazón? ¿Quién borraría de aquel hombre en el mañana el recuerdo de cómo es el corazón y cómo funciona, qué medios modifican su acción,, con qué se excita o se deprime? Para que la enseñanza tenga ese carácter en la primera época, son indispensables medios adecuados al número de alumnos; y estos medios a su vez, de material, local y personal docente. No pueden obviarse las dificultades reduciendo el número de alumnos, pues España necesita anualmente un cierto número de médicos, y la producción no puede ser menor. No hay otra salida, mírese por donde se quiera, que aumentar dichos medios. Con laboratorios donde cada pequeño grupo de cuatro o cinco estudiantes tenga una mesa de trabajo para hacer unas cuantas experiencias elementales y con un número de auxiliares retribuidos suficiente, el alumno no tendría su horita de clase, pasando el resto del día entre libros, en diversiones o haciendo «deporte». La enseñanza en esta primera época requiere pocas lecciones magistrales, y en cambio, mucho estudio práctico, y una abundancia enorme de seminarios, en los que el alumno sea constantemente preguntado, y en los que la explicación breve de comienzo sea ampliada en una conversación de plena confianza entre el docente y el alumno, en la cual ambos preguntan y ambos responden. El Catedrático tiene en las disciplinas que integran esa primera época una gran importancia en la orientación de sus jóvenes auxiliares para dar un tono adecuado a la enseñanza y para constituir con ellos un hogar de trabajo y de investigación; en la instrucción del alumno su papel es, en cambio, muy secundario; algunas lecciones de vez en cuando para darles una visión de conjunto sobre los problemas que han ido tocando y los hechos que les ha sido dado contemplar y estudiar, es la parte inmediata o directa de este papel.

En la época segunda de los estudios médicos, se exige una igual

objetividad, y es asimismo indispensable dotar al estudiante de los medios de exploración y de la soltura de actuación. Todo esfuerzo hecho por el Estado para utilizar los medios de que dispone en la enseñanza de la medicina será fértil en resultados inmediatos, y hará germinar en el futuro unos frutos impensadamente copiosos. Aquí tiene también una gran valor la cooperación de los auxiliares, la institución de seminarios clínicos, etc.; pero la labor del Catedrático es esencial e insustituible. Para aprender a explorar son necesarios muchos enfermos, a fin de que el alumno observe variaciones en las propiedades del cuerpo o sus funciones, sepa cómo hallarlas, su significación y sus diversidades. No basta explicar cómo puede cambiar el color de la piel o de las mucosas; hay que saber mirarla, buscar la apropiada luz y ver un icterico de diversas causas, un anémico de tipos diferentes, un canceroso, un caquéctico, un suprarrenal, etc., etc.; si no se disponen de clínicas amplias con numerosos enfermos, ¿cómo es esto posible? El aprendizaje se hará luego a fuerza de tiempo que amanaera o de errores que se resuelven en lágrimas, y aun eso a condición de que el sujeto sea estudioso y observador. Ni ¿cómo sin esa abundancia de enfermos el Profesor podrá mostrar el cariz clínico de las enfermedades, sus variedades, los resultados de la terapéutica o las consecuencias de la evolución? Si, en suma, el Médico persigue conocer al hombre enfermo, y todos sus demás estudios no sirven sino para prepararle a ese fin esencial, ¿va a poder conseguirlo sin enfermos o con un número muy limitado de ellos? Tampoco es sano creer que esta deficiencia se logrará obviar con la institución de un año de práctica hospitalaria obligatoria al final de la carrera, y esto en virtud de los siguientes hechos: porque en un año se pueden completar defectos o rellenar lagunas, pero nunca adquirir la experiencia de que se carece en absoluto, y, sobre todo, porque en aquellos servicios hospitalarios no es probable en general que haya al frente personas de la misma formación que el Profesor de la Universidad.

Por lo anterior, resulta un postulado de la enseñanza médica disponer de hospitales amplios y muy concurridos, y si se dijera que con esto no basta, respondería yo que conforme, pero que

sin esto todo lo demás sobra. La labor del Catedrático en esta enseñanza es fundamental; ha de servir de modelo y de guía práctico del alumno y ha de aspirar a dejar en él honda huella y seguir siendo en el mañana su recuerdo y ejemplo, y en ocasiones su aspiración. Tratar las cosas con una simple naturalidad, es, con frecuencia, de mal resultado; el espíritu humano tiende a lo que tiene por alto y superior, y en el particular caso del Médico, cuando se acerca a la cabecera del enfermo, halla ante sí, no sólo la angustia esperanzada del enfermo, sino la de sus deudos y familiares, que esperan en él la felicidad. Por más que el Médico sea sencillo y sincero, como debe serlo, la naturaleza de su función entraña una confianza en su posibilidad de curar casi por encima de lo humano. Hay una mezcla de ciencia y arte en el ejercicio de la Medicina, que se atisba pronto por el estudiante que tiene vocación; por eso, quizá, más que en otras materias, en ésta, al igual que ocurre con un arte cualquiera, el que aprende siente la necesidad de tener un maestro, cuyo estilo, orientación y experiencia le inspiren emulación, adhesión y confianza. Por esto no me parece buena la orientación de excindir las clínicas médicas o quirúrgicas en una serie de especialidades cuya trabazón queda en el aire, conforme en algunos países (Norteamérica, por ejemplo) se tiende a hacer de manera creciente; éstas deben limitarse a aquellas que por sus especiales técnicas de exploración o tratamiento así lo exijan, pero dejando incólume el concepto del clínico médico o quirúrgico, según ha sido base en la medicina europea desde mediados del pasado siglo.

Pero esta enseñanza clínica del Maestro exige asimismo unos medios de trabajo, sin los cuales el rendimiento tiene que ser muy bajo, a pesar del máximo entusiasmo que tanto él como sus discípulos pongan en la labor común. Porque ni puede hacer demostraciones objetivas suficientemente variadas, ni puede observar en suficiente número enfermos de la misma afección para poder apreciar y exponer los resultados de diversos métodos terapéuticos comparativamente, ni, por último, conocer las maneras de evolucionar, paso a paso, las enfermedades; pero, y es este otro aspecto digno de la máxima atención, sobre todo no puede contribuir con fruto al pro-

greso de la medicina patria; si el número de casos que puede tener hospitalizados es bajo, y si la escasez de camas le obliga a tener que acortar la estancia de los enfermos en sus clínicas, no puede ofrecerse asimismo una experiencia suficiente ni contrastar sus hallazgos con la autopsia, y es en consecuencia mucho más difícil que pueda descubrir enfermedades aún no descritas o lesiones todavía desconocidas. Los hospitales clínicos tienen que ser muy amplios, y las Facultades situadas en ciudades populosas; el número de Facultades que el Estado determine debe ser el que sus medios le permitan sostener, teniendo siempre presente la necesidad de las grandes y numerosas clínicas, bien mantenidas. Otra condición indispensable que se deduce por sí sola de las características que hemos trazado a su labor, es que el Maestro de clínica tenga una cierta autonomía en la dirección y organización de sus clínicas; y toda ingerencia es perturbadora porque cada uno concibe su enseñanza de una manera, y cada uno sabe en qué condiciones puede rendir más. El Profesor que no siente su vocación ni se da a la enseñanza, no hará nunca nada útil aunque se amolde a un estrecho y uniforme precepto; en cambio, el Profesor que tiene derecho a sobrevivir en la enseñanza por su entusiasmo, su celo y la fe que despierta en sus discípulos, le tiene también a la confianza del Estado para que organice su Cátedra y su enseñanza en la forma que le parezca mejor.

La necesidad de un abundante personal auxiliar en esta segunda época de los estudios médicos, es tan clara como en la primera; si éstos han de ser los que enseñen a explorar a los enfermos, debe existir un número suficiente para ello que tenga el tiempo necesario para hacer una instrucción dialogada y mantener discusiones con los alumnos que les inciten a discurrir y les agucen la intuición. Estos auxiliares deben ser los futuros Profesores y los futuros Médicos de los hospitales, para que poco a poco todos los hospitales estén llevados por Médicos jóvenes y aun entusiastas de sólida formación universitaria, de amor a ella, que tengan como meta el llegar a ser Profesores un día. Con este porvenir por delante, estos auxiliares no pueden tener inconveniente a dedicar esa época de la vida, en la que se tiene más ansia de saber, y por tanto se trabaja más

íntegramente a la Facultad; estudiar al lado del Maestro, ir progresando paso a paso en su formación, enseñar a los discípulos y habituarse a la exposición y al conocimiento psicológico de los alumnos, y al tiempo comenzar a andar por el campo de la investigación científica, son las labores gozosas que corresponderían a ellos.

Porque, y este aspecto es uno de los más discutidos de la orientación de la Universidad, no puede decirse que es preferible, si que se hagan buenos Médicos, o que se recoja para la investigación a los más dotados; ambas cosas son igualmente necesarias; ¿de dónde puede salir si no es de los Organismos universitarios la Ciencia propia?; pero al tiempo ¿dónde se van a hacer los buenos profesionales, si la Universidad considera como secundaria esa labor? Lo que es necesario evitar es que se vicie prematuramente la actividad del joven estudiante, dedicándole a tareas científicas, para las que no está preparado, con detrimento de una formación más completa y general; solamente el que por su vocación y por reunir además las condiciones necesarias deba ser seleccionado, debe pasar a integrar el núcleo de los elegidos que, internos de veras en el hospital y en una disciplina de estudio y convivencia sumamente estrecha con los enfermos, vaya formándose para ser el investigador y el Maestro del porvenir. ¡Qué heroísmo derrochan constantemente muchachos entusiastas e ilusos para persistir en el medio universitario al lado del Maestro que se han elegido, a pesar del abandono económico en que se encuentran y de las dificultades, muchas de ellas fácilmente evitables!

Todo lo que llevo escrito no es sino una enunciación de lo que juzgo más importante y urgente para mejorar la enseñanza médica; no solamente he prescindido de detalles que no corresponden a este lugar, sino que he dejado de lado otros problemas, secundarios sin duda, de la enseñanza de la medicina. Serán interesantes y convenientes si se quiere, pero aplazables de todos modos; lo que es inaplazable y esencial es, en suma, mejor y más formación universitaria antes de la especialización en la Facultad; enseñanza muy objetiva tanto en el período preclínico como en el clínico; más tiempo ocupado dentro de la Facultad para los estudiantes, no sólo

oyendo lecciones y lecciones, sino haciendo inmediatamente cosas con las manos; un muchísimo mayor número de auxiliares; laboratorios más amplios y más dotados; grandes clínicas, dotadas, y en cierto grado autónomas, bajo la dirección del Maestro que las orienta y vivifica; atención a los jóvenes de vocación y capacidad para la enseñanza y la investigación. Así enunciado parece mucho, pero vivido el problema se ve que es muy poco, aunque lo indispensable.

Actualmente, nuestro Caudillo y nuestro Gobierno sienten la gran inquietud de la reforma de la enseñanza, de la cual es, entre otras varias, una prueba la fundación de esta Revista; asimismo saben que uno de los aspectos de la enseñanza que más urgente reforma requieren es, justamente, el Médico, y esto nos permite tener la seguridad de que las medidas necesarias van a ser pronto tomadas. Si a ello se une el entusiasmo de los jóvenes estudiantes de que empecé hablando, y los Profesores se dan cuenta del deber del momento, en el que todo esfuerzo resulta aún pequeño y todo desvelo viene a ser una minúscula parte de la deuda que con nuestra Patria tenemos los españoles de esta hora, no podrá tomarse como aventurado entrever un porvenir dichoso y fructífero a las Facultades de Medicina españolas.

C. JIMENEZ-DIAZ

CATEDRÁTICO DE CLÍNICA MÉDICA DE LA UNIVERSIDAD CENTRAL
CONSEJERO NACIONAL DE EDUCACION